

Nube verde por Ximena Aguilar Vega / Duotono /
Serie: Testigos de hielo / Fotografía digital / 2019-2021

EL PAISAJE QUE VENDRÁ

CRISTÓBAL LÓPEZ CARRERA
NOHEMÍ ZAVALA

A partir de la conferencia “Una visión: Monterrey Nuestra señora de las montañas” escrita por Cristóbal López Carrera en 1991, presentamos una nueva versión realizada por el autor en colaboración con Nohemí Zavala. Este ensayo busca establecer conexiones entre inquietudes posteriores a 2020 y las diferentes vertientes de estudio e interdisciplina propuestas en el texto original.

Por los mismos cielos bajos en que ahora se yerguen postes de luz, de teléfono, y toda clase de anuncios, alguna vez nadaron amonites e ictiosaurios.

Monterrey, eje del noreste mexicano, es mucho más que ciento cincuenta años de comercio e industrialización intensiva. A través de nuestra Sierra Madre Oriental corren vientos y nubes: silenciosos gritos blancos, infinitamente cambiantes, que hablan de los mares prehistóricos, de los pueblos de la montaña y del sur nuevoleonés, de los sueños de sus adolescentes hijos del sol, la fatiga y el hambre, de nuestras raíces vinculadas a formas de vida sencillas y bellas. Si acudimos a la historia para comprender, pero también sentir el pasado, apreciaremos buena parte de la riqueza natural que nos antecedió y que todavía nos rodea.

El paisaje submarino

Nuestra ciudad se sitúa en un valle enmarcado por montañas y cerros de extraordinaria belleza. Hace millones de años, en el Cretácico Superior, estas formaciones no existían, y el lugar, como gran parte del territorio mexicano, se encontraba sumergido en un brazo de mar bautizado por los geólogos con el nombre de Tetis, diosa griega madre de Aquiles.

Es difícil imaginarse ambientes marinos tan lejanos en el tiempo, pero para interiorizar la compleja geografía de Monterrey y la región es vital sentir y pensar sus palpitaes más antiguos. Ir y venir con esas aguas primigenias que un día la cubrieron. Gritar y respirar con las criaturas prehistóricas que surcaron sus aguas mucho antes que nosotros estas tierras.¹

¹ Con la primera exposición de fósiles marinos en Nuevo León, en 2007, se llevaron al público general hallazgos de numerosas investigaciones especializadas y de relevancia internacional. La conferencia, "Fósiles marinos en Nuevo León", a cargo de Arturo González, aborda cómo se formaron y qué sedimentos constituyen las montañas de la región, que hoy

Por los mismos cielos bajos en que ahora se yerguen postes de luz, de teléfono, y toda clase de anuncios, alguna vez nadaron amonites e ictiosaurios. En los gritos ahogados de los viejos silbatos de nuestras fábricas que anuncian entradas y salidas, podemos imaginar criaturas marinas de dimensiones gigantescas comunicándose a grandes distancias. Si cerramos los ojos cerca de una gran avenida y escuchamos con atención, quizás logremos asimilar el ruido de los motores circulando día y noche, al sonido del océano.

Tras la retirada del mar, la sucesión de sedimentos costeros y las formaciones montañosas, esto último hace 20 millones de años, cobró nuestra región su forma geológica tal y como la conocemos ahora.² Sin embargo, aún nos es posible conectar con ese antiguo piélago: durante algunos sueños, en ciertos instantes del crepúsculo, a ciertas horas de la madrugada, por determinadas cimas del otoño, o en uno que otro día de vientos húmedos.

Las montañas azules

El valle que encontraron los europeos en sus primeras expediciones hace poco más de 450 años, que entonces nombraron Valle de Extremadura, y hoy conocemos como Valle

podríamos apreciar como un "fondo marino verticalizado"; los gigantes reptiles marinos que habitaron estos mares hace 150 millones de años; y los fósiles que quedaron atrapados en placas de sedimentos encontrados principalmente por la venta de cantera. (González, A., 2007).-

² En el artículo "La costa de Nuevo León: una mirada hacia el pasado geológico del estado", Felipe de Jesús Torres y María Isabel Hernández (2016) describen cómo además de los ambientes "netamente marinos", se dieron en nuestra región, durante millones de años, sistemas sedimentarios costeros, que se sucedían conforme se retiraba el mar hacia el este, "cada vez más lejos de la sierra Madre Oriental".

de Monterrey, era una tierra pródiga, con manantiales de famosa pureza, un río caudaloso que a menudo se desbordaba y una flora y fauna exuberantes:

Es tierra fértil de muchos pastos y casi siempre verdes. Danse los panes muy bien; todas semillas y géneros de árboles frutales, de muy gran sabor y gusto. Muchos melones, sandías y todos géneros de semillas. [...]

Los ríos son claros, el agua buena, sin color, sabor ni olor [...]. Corren siempre por piedras de rápido curso; son de mucha frescura; poblados de arboledas, sabinos, sauces, álamo y otros muchos géneros; excepto los dos que llaman Pesquería Grande y Chica, que es agua salobre y carecen de todo lo que arriba está dicho. De los demás, todos en general son abundantes de pescado robalo, bagre, mojarra, truchas, besugos y otros no tales (sic). Críanse muchos papagayos, y buenos...

Hay muchas ciénegas muy útiles y ojos de agua; y en especial el que sale de la ciudad de Monterrey, de quien tomó nombre los ojos de Santa Lucía; tan abundante y rico, que en otra parte adquiriera nombre de caudaloso río. [...]

[...] Uvas, me han dicho las hubo en las salinas; que hacían ventaja a las de Castilla, que se tienen por buenas. De las silvestres están todos los ríos llenos. Muchos nogales, morales y zarzamora y otros muchos géneros, que es para alabar a Dios, como creador de todo. (De León, A., 2005: 51-52).

Estas descripciones contrastan con nuestra experiencia actual. Hoy cruzan todavía nuestra ciudad el río Santa Catarina y diversos arroyos como el Topo Chico y el Seco, pero de bajísimo caudal y además contaminados. Se fueron para siempre el lobo, el oso gris, el puma, y desaparecen otras especies como el castor, el jaguar, el venado, el coyote, amén de múltiples variedades de insectos, anfibios, crustáceos y peces; algunos de estos últimos endémicos.

Incluso, se ha popularizado una versión de la historia según la cual los primeros regiomontanos enfrentaron y vencieron un desierto original; sin embargo, deberíamos hablar, para ser más exactos, de una desertificación intensiva llevada a cabo por los mismos debido a la ganadería trashumante:

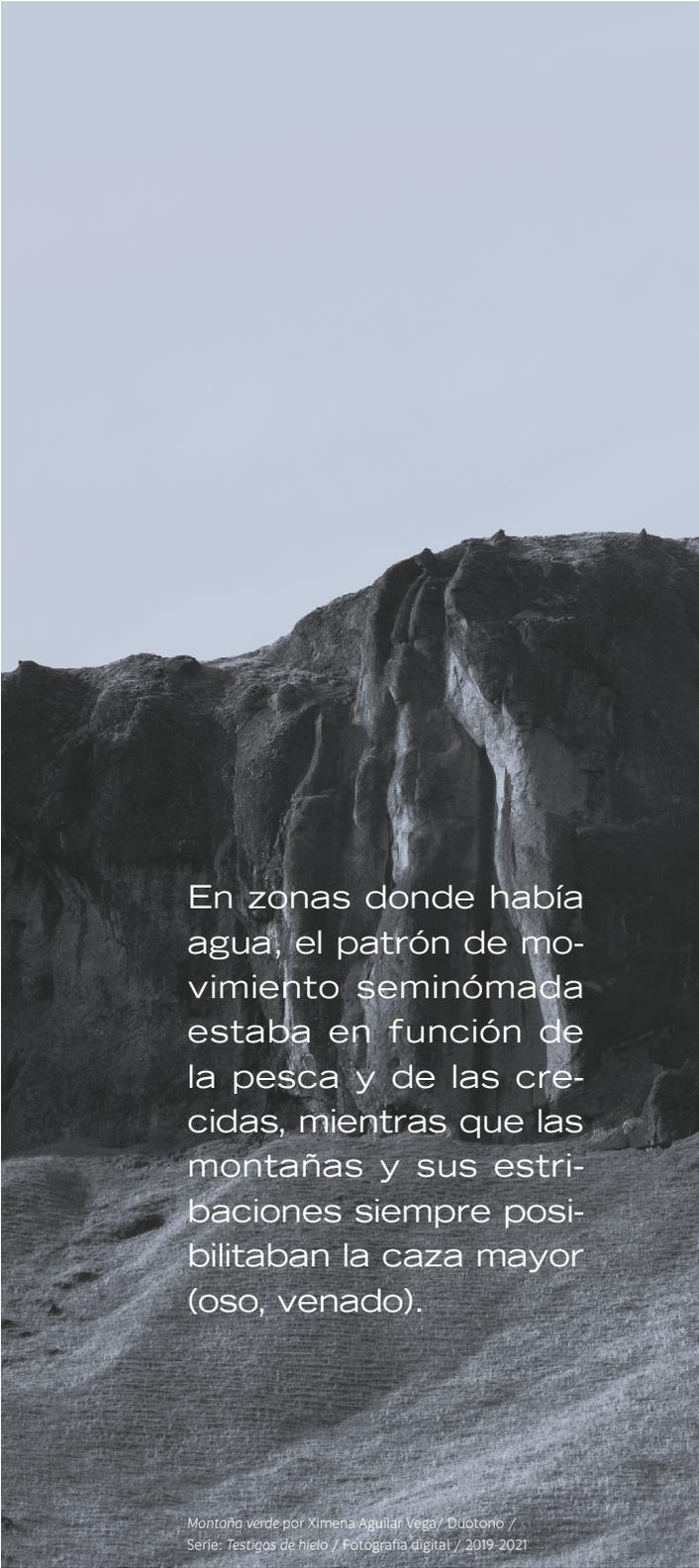
... desde la entrada de las ovejas al Reino en 1635, el excesivo pastoreo fue convirtiendo en matorrales las tierras que antes habían sido de pastizal; huizaches, retamas, mezquites, chaparros y nopales dieron al paisaje nuevo carácter que es el que ahora conocemos. (Del Hoyo, E., 1966: 360).

Los nómadas del noreste

Además de estos testimonios escritos con los que contamos sobre la riqueza de nuestro territorio y sus procesos de cambio, hay una dimensión de mucho mayor trascendencia a la que podemos adentrarnos: el estudio de los grupos indígenas que habitaron el Noreste de México, cuyos primeros indicios datan 12 mil años de antigüedad.

Fueron grupos nómadas, recolectores y cazadores cuyas actividades productivas, culturales y religiosas, se derivaron de estas formas de sustento. Sus patrones de movimiento a lo largo de los diversos microclimas de la región estaban en función de ciclos estacionales, y entre ellos, de elementos muy particulares como la temporada de recolección de mezquite durante el verano, la llegada de aves migratorias. En zonas donde había agua, el patrón de movimiento seminómada estaba en función de la pesca y de las crecidas, mientras que las montañas y sus estribaciones siempre posibilitaban la caza mayor (oso, venado).³

3 Cristóbal López Carrera aborda ampliamente estos y otros aspectos en la conferencia "Un panorama etnohistórico de los grupos indígenas de Nuevo León". (López, C., 1999).



En zonas donde había agua, el patrón de movimiento seminómada estaba en función de la pesca y de las crecidas, mientras que las montañas y sus estribaciones siempre posibilitaban la caza mayor (oso, venado).

Montaña verde por Ximena Aguilar Vega / Duotono /
Serie: Testigos de hielo / Fotografía digital / 2019-2021

Era un estilo de vida en el que los hombres provenían del entorno natural tanto como las demás especies, y circulaban por el territorio con gran conocimiento de sus recursos y sus ciclos. Sin jerarquías sociopolíticas y religiosas importantes, estas naciones –conocidas genéricamente como chichimecas– plantearon a la empresa colonizadora una fuerte barrera que resistió por siglos.

Aquellos indios erraban por las montañas y las llanuras ebrios de libertad y de sol, sin amos, sin tributos. El poeta Gaspar de Villagrà, que expedicionó por el norte de la Nueva España a fines del siglo XVI, los llamó “bravos bárbaros gallardos”. Todos eran extremadamente belicosos y habían de oponer grandes obstáculos a las tareas de la conquista y de la colonización. (Robles, V., 1950: 142).

La colonización del noreste

La esperanza de descubrir regiones fabulosas (como Cíbola, Quivira, los reinos de Copala y Teguayo, así como las Montañas o Cerro de la Plata), los ideales misioneros (en el caso del noreste, de los frailes franciscanos), así como despiadados intereses comerciales (la producción minera y la fuerza de trabajo esclava o semiesclava del indio norteño) sostuvieron en buena medida el avance de la colonización por el norte.

[La fundación de Zacatecas en 1546] constituyó una importante cuña de penetración hacia el norte. Poco después Vázquez del Mercado se lanzó en busca de un cerro de oro. Llegó hasta la prominencia que ahora lleva su nombre en los alrededores de Durango, población fundada años más tarde. La montaña era de hierro casi puro.

En 1553, ya esfumados hasta cierto punto los sueños fabulosos, comenzó una labor metódica de exploración y colonización. Para

efectuarla se escogió al joven vasco Francisco de Ibarra, quien fundó varias poblaciones al norte de Zacatecas, atravesó la Sierra Madre Oriental por Topia, recorrió Sinaloa y quizá, atraído por el embrujo de Quivira, se dirigió al Norte, atravesó la sierra de Sonora y pudo llegar a Paquimé, probablemente las ruinas de Casas Grandes. Retornó al punto de partida, por la falda oriental de la citada serranía. En 1563 fue nombrado gobernador de la Nueva Vizcaya. Extendió sus fundaciones hasta Santa Bárbara, en territorio chi-huahense.

Todavía para el año de 1568 continuaba constituyendo tierra completamente incógnita toda la zona que ahora abarcan la totalidad de Coahuila y Nuevo León, toda la porción norte de Tamaulipas y casi todo San Luis Potosí. Fray Pedro Espinareda y Francisco Cano exploraron el sur de Coahuila. El alcalde de Guanajuato Juan Torres de Lagunas recorrió casi todo San Luis Potosí. Por el año de 1575 fue fundada por el capitán portugués Alberto del Canto, la Villa de Santiago del Saltillo, que por muchos años fue frontera de indios. (Robles, V., 1950: 144).

Los capitanes de frontera, motivados por la ganancia del tráfico humano y escudados bajo el pretexto de “una causa justa de la guerra hacia el chichimeca”, tendrán los primeros contactos con los grupos nativos de la región. El mismo Alonso de León nos dice:

Pasó a León, desde donde hacia entradas; sacaban gente, que se vendían bien; cebo con que acudían más soldados, llovidos y aventureros. (De León, 2005: 95-96).

[...]

En este ejercicio se ocupó el gobernador algunos años: no hay certidumbre cuántos. (De León, 2005: 76).

El primer intento de fundar la ciudad de Monterrey lo realizaron Alberto del Canto y Diego

de Montemayor, junto a los ojos de agua de Santa Lucía, en 1577. Solo duró algunos meses, debido a que Del Canto recibió una orden de aprehensión en 1578.

En 1582, Luis Carvajal y de la Cueva repobló el sitio nombrándolo Villa de San Luis; sin embargo, el proceso iniciado por la Audiencia y la Inquisición contra Carvajal por la captura de indios nativos para venderlos como esclavos, convirtieron a la región en una tierra de guerra constante que hacía difícil el buen vivir de los pocos habitantes, lo que originó otra despoblación en 1587.

Finalmente, el 20 de septiembre de 1596, 34 pobladores, con Diego de Montemayor al frente, fundaron la Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey.

Sus inicios no fueron fáciles, hubo inundaciones, incendios, hambres, ataques y rebeliones constantes de las naciones chichimecas. En determinados años los primeros colonos tuvieron incluso que adaptarse al aprovechamiento que hacían del medio ambiente los indios y preparar alimentos con algunas plantas y raíces. Entre 1596 y principios de 1620, la ciudad estuvo a punto de ser abandonada en varias ocasiones; no obstante, logró consolidarse y a partir de 1626 sufrió un notable impulso con la introducción de ganados, herramientas de trabajo, el derecho de encomienda en gran escala y nuevos colonos.

Integración de saberes nativos y occidentales

Esta época de finales de la década de 1620 significó una verdadera revolución económica, organizativa y étnica que impulsó en gran escala la vida de la ciudad. Se integraban así, en el espacio de Monterrey y de todo el actual noreste, componentes representativos de la civilización occidental “moderna” –vía

los colonos ibéricos y teniendo como “catalizadores” indios mesoamericanos y afro mestizos— con componentes culturales propios del paleolítico. En gran escala convivieron, pelearon y se mezclaron en aquellos lejanos años: el sedentarismo y el nomadismo, las técnicas extractivas de minerales y agrícolas occidentales junto a la primitiva técnica de la piedra pulida; la doctrina cristiana y las creencias religiosas propias de las culturas cazadoras recolectoras (como lo son el totemismo y las creencias en espíritus de la naturaleza).

Circularon algunos libros en latín, italiano y español, en tierras donde la única forma escrita existente con anterioridad era la de los pictogramas e ideogramas en piedra tallada; y en donde igual se hablaba un lenguaje franco de señas, que el español y el náhuatl, así como múltiples variantes dialectales de idiomas nativos como el Quinigua y el Coahuiteco.

Junto al arado convivió el arco. A favor y en contra de la espada y las primeras armas de fuego pelearon la maza, la flecha, las piedras. Cerca de los cráneos ceremoniales ensartados en largos palos se instaló la cruz. Al mismo tiempo que se ingería harina de trigo se comía carne de venado y carne humana. El paisaje sonoro igual estaba habitado por sonidos de flautas y sonajas que por el bramido de las campanas en las misiones.

Eso sin menoscabar otras influencias culturales como la de la población negroide e indígena del altiplano.

Los colonos aprendieron las enseñanzas nativas de la flora y la fauna, los astros, las manifestaciones atmosféricas, la orografía y la hidrografía; los aborígenes por su parte hicieron suyos oficios, artes, técnicas “modernas”, gustos y comportamientos de los invasores. Intercambiaron miedos y creencias, visiones del mundo.

Desde luego lo anterior no fue un proceso armónico. Dicha “gesta civilizatoria” estu-

vo inmersa en el etnocidio de gran cantidad de tribus e individuos que nunca quisieron o pudieron adaptarse a las nuevas formas de vida:

En términos del desarrollo de la historia como disciplina científica es necesario re-evaluar todo este cúmulo de referencias de corte ideológico y ubicarlas en su verdadero contexto, para que cobre su verdadera dimensión lo que constituyó en el norte de México más que una gesta civilizadora, una tragedia; que por sus grandes dimensiones debería formar parte de los grandes holocaustos que periódicamente se gestan en el mundo en defensa de una civilización muy cuestionable. (González, L. 1990: 14).

El rostro que ahora conocemos

En esos años lejanos de la época colonial no existía ninguna de las industrias que le han dado fama a la ciudad; por más de doscientos años sus habitantes se dedicaron al cultivo de la tierra, la cría de ganado, la cacería, la recolección, la minería⁴ y la producción artesanal de artículos y herramientas: era una economía de auto subsistencia y trueque.

Durante los años inmediatos al fin de la guerra de Independencia, Monterrey se empezó a convertir en un gran centro comercial y productivo al conectarse con el reabierto puerto de Tampico y el recién inaugurado puerto de Matamoros.

Cuando la frontera de México se delimitó en el Río Bravo, Monterrey quedó en un lugar estratégico para servir de intermediario entre los dos países, y se empezaron a acumular grandes riquezas que luego se reinvertieron en importantes actividades económicas, como los préstamos, el cultivo de algodón y el control de los puertos. Gran cantidad de

⁴ El auge de la minería nuevoleonense sucedió hasta el siglo XIX, de acuerdo a Rojas (1998: 18).



Roca verde por Ximena Aguilar Vega / Escala de grises / Serie: Testigos de hielo / Fotografía digital / 2019-2021

emigrados de otros estados del país y del extranjero llegaron a la ciudad.

Durante la Guerra de secesión norteamericana, se reinvirtieron en importantes actividades económicas, como los préstamos, el cultivo de algodón y el control de los puertos.

En la Revolución mexicana, la ciudad estancó un poco su desarrollo, pero durante las dos décadas siguientes al fin del conflicto armado, se logró crear una red de servicios e infraestructura que permitieron un nuevo crecimiento.

La ciudad se convirtió en proveedora de artículos y materia prima para el mercado mundial en los años de la Segunda guerra mundial: se diversificó y aumentó en gran escala la producción industrial.

Ante este progreso, en las décadas de los veinte y treinta hubo huelgas y movimientos obrero-populares que hoy siguen sin ser estudiados por los historiadores; en las décadas de los sesenta y setenta hubo amplios movimientos sociales de izquierda –sobre todo estudiantiles– que lo criticaron y cuestionaron;

incluso hubo movimientos guerrilleros urbanos y grandes movilizaciones populares de colonos.

El paisaje que vendrá

En la actualidad, siguiendo con la capacidad de adaptación que lo ha caracterizado durante el último siglo, nuestro estado se dispone a enfrentar los retos de un mundo cambiante en el que cada vez más, “todo lo sólido se desvanece en el aire”: fronteras, culturas, sistemas políticos, economías.

Mientras la actividad industrial y comercial se desenvuelve de manera competitiva en el territorio internacional, al interior, los recursos naturales, la capacidad adquisitiva, el tejido social y otros elementos asociados al bienestar de la población han ido en detrimento a causa de un extractivismo que desabastece y somete a una precariedad a quienes la habitamos. Las secuelas de la Guerra del narco Estado, con sus cientos de miles de muertos, desaparecidos y despla-

Volver sobre nuestros pasos en el tiempo y ampliar la mirada para reconectar con los habitantes originarios [...]

zados son el último gran capítulo de estas contradicciones.

Es posible, sin embargo, experimentar un cambio de perspectiva que permita habitar el territorio tomando en cuenta su diversidad geográfica e histórico cultural, en lugar de suscribirnos a narrativas que naturalizan una crisis ambiental y vital. Volver sobre nuestros pasos en el tiempo y ampliar la mirada para reconectar con los habitantes originarios, su cosmovisión y prácticas milenarias, su conocimiento profundo de los elementos naturales de la región –sus ciclos y propiedades– y del reconocimiento de su interdependencia con otras especies, la tierra y los ciclos astronómicos. Dimensionar nuestro presente ante un paisaje tan distante en el tiempo, en la profundidad del océano, por el que se desplegó la vida en cuerpos tan monumentales que hoy solo podríamos llegar a ver en sueños.

REFERENCIAS

- De León, A. (2005). "Relación y discursos del descubrimiento, población y pacificación de este Nuevo Reino de León", en Varios Autores. *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tamaulipas, Texas y Nuevo México*, (pp. 1-122). Monterrey: FENL.
- Del Hoyo, E. (1966). "Don Martín de Zavala, promotor de la agricultura y la ganadería en el Nuevo Reino de León". *Humanitas*, 7, pp. 353-373. Monterrey: UANL. Disponible en <https://humanitas.uanl.mx/index.php/ah/article/view/634>
- F. y Hernández M. (nov-dic, 2016). "La costa de Nuevo León: una mirada hacia el pasado geológico del estado". *Ciencia UANL*, 19, No. 82. Disponible en <https://cienciauanl.uanl.mx/?p=6719>
- González, A. (6 de junio de 2007). "Fósiles marinos de Nuevo León". Archivo del Museo de Historia Mexicana. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=dDVwBkdVDXQ>
- González, L. (ene-mar, 1990). "El discurso de la Conquista frente a los cazadores recolectores del Norte de México. Suplemento Antropología, no. 29, pp. 2-15, Ciudad de México.
- López, C. (4 de mayo de 1999). "Un panorama etnohistórico de los grupos indígenas de Nuevo León". Tercera sesión del Módulo 1 "Etnohistorias de grupos indígenas" del Diplomado Historia de Nuevo León. Archivo del Museo de Historia Mexicana. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=DnV0eZS2WIE&ab_channel=3museosNL
- Robles, V. (1950). "Las provincias del norte de México hasta 1846" en *Memoria del Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos celebrado en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, México, del 4 al 9 de septiembre de 1949*, (pp. 137-151). Ciudad de México: Editorial Cultura.
- Rojas, J. (1998). "Minería en Nuevo León: Antecedentes de la industria de fundición" en *Ingenierías*, Vol. 1, No. 2 (julio-diciembre), pp. 17-20. Disponible en línea en: <https://www.gestiopolis.com/antecedentes-la-mineria-nuevo-leon-mexico/>